

«de hombres es errar», pues aspiro a ser y continuar siendo hombre. Si deificándome acertara en todo y me viese así privado del deleite de corregirme, rectificarme e ir descubriendo poco a poco mi verdad, creo que, como Calipso, *je me trouverai malheureux d'être immortel*. Voto en esto con Lessing.

Sólo me queda rogar a aquellos de mis lectores que vivan en el tráfico de una gran ciudad que no reflexionen sobre lo que llevo aquí escrito, si es que me hacen el obsequio de reflexionar en ello, sino cuando habiendo salido por una temporada al campo empiecen a sentir en éste el dulce aburrimiento con que invade al fin y al cabo a los ciudadanos. Y para esto, para gozar de ese aburrimiento precursor de nuevos y extraños estados de conciencia, no salgan al campo con escopeta y perros, pues es cosa probada que el que necesita de la caza para ir de campo es porque el campo mismo no le gusta, diga él lo que quiera. El que de veras ama la naturaleza no ve las perdices en ella.

Julio de 1902.

LA CUESTIÓN DEL VASCUENCE

“**E**L vascuence se extingue sin que haya fuerza humana que pueda impedir su extinción; muere por ley de vida. No nos apesadumbre que perezca su cuerpo, pues es para que mejor sobreviva su alma.” Estas palabras del discurso que leí en la noche del 26 de Agosto del año pasado en la fiesta de los primeros Juegos florales celebrados en Bilbao, provocaron y han provocado no pocas protestas de parte de mis paisanos, y las han provocado, ante todo y sobre todo, por estar todos allí, en mi país, convencidos del *hecho* de que el vascuence se va y de que se va sin remedio. El Sr. Campión, uno de los más entusiastas y decididos vascófilos y el más inteligente acaso, decía que se refugia en las montañas para morir más cerca del cielo, y el Sr. Azcue, encargado de la cátedra de vascuence que

en Bilbao sostiene la Diputación de Vizcaya, en la dedicatoria a ésta de su *Euskal-Izkindea* o Gramática vascongada, habla de cuando se deposita éste su trabajo «sobre la cama funeraria» del vascuence —*bere il-oe-ganean*—, aunque añadiendo «para cuando ella resucite» *bera biztu dia-neko*. La diferencia de parecer estriba en realidad en que, aunque convencidos los más de mis paisanos de que el vascuence se pierde, creen que esta pérdida se debe a causas extrínsecas, a la presión oficial, al abandono de los que lo hablan, al desarrollo del comercio, y yo estoy convencido de que la principal causa es de origen intrínseco y se basa en la ineptitud del eusquera¹ para convertirse en lengua de cultura. Es la tesis que trataré de desarrollar en este trabajo.

Es en mí antigua ya la convicción de que el vascuence, interesante idioma de estudio, carece

¹ Conviene hacer notar que en castellano si no queremos llamarle vascuence, debemos llamarle *eusquera* o *euscara* y en ningún caso *eúskaro*. La acentuación esdrújula no reproduce ni mucho menos la del vascuence, ya que en este idioma el acento secundario tiene tanta fuerza que en realidad suena algo así como *eúskerá*, con dos acentos, y a lo que menos se acerca es al esdrújulo, y respecto a la *k* es ésta una convención muy razonable de la ortografía que se ha adoptado para escribir el vascuence —idioma hasta hace poco apenas escrito y en que no leen la inmensa mayoría de

de condiciones intrínsecas para servir de medio de expresión a un pueblo que entre de lleno en la vida espiritual moderna y que constituye un grave obstáculo para la difusión de la cultura europea en mi país. Apunté tal convicción en mi discurso de doctorado en Filosofía y Letras, leído en 20 de Junio de 1884, a mis veinte años de edad, y luego la expresé claramente en mi ensayo sobre «El elemento alienígena en el idioma vasco», publicado en los números 8 y 9 de la *Revista de Vizcaya*, de Bilbao, correspondientes al 15 de Febrero y 1.º de Marzo de 1886 y en el artículo que bajo el título de «Más sobre el vascuence» publiqué en el núm. 12 del 15 de Abril del mismo año, contestando a uno que en la misma Revista dió a luz mi buen amigo D. Tomás Escriche y Mieg, quien se extrañaba de que los competentes dejaran pasar en silencio apreciaciones que redundaban «en menoscabo del vascuence». No las de-

los que lo hablan—, convención que no hay por qué adoptar al transcribir los vocablos al castellano. En el fondo, y para muchos inconcientemente, usan la *k* por dar aire exótico a los vocablos. El nombre *eusquera* o *euscara* se aplica no más que al idioma; al que lo habla se le llama *eusqueldun* o *euscaldun*, y al país en que se habla, *Euscalerría*. Llamar *euscaros* a los vascos, equivale a llamar *sanscritos* a los antiguos indios o *bables* a los asturianos. Lo mejor es que nos llamen y nos llamemos sencillamente vascos.

jaron pasar tan en silencio los competentes, puesto que tales artículos me valieron un violento ataque de D. Arturo Campión, con quien he trabado más tarde una amistad leal y franca. Protestó entonces en Campión, competentísimo en la materia, el sentimiento, como protestó últimamente el sentimiento contra mis palabras de Bilbao. Lo he dicho ya: me parece naturalísima semejante protesta, pero seguiré sosteniendo frente a ella lo que creo ser la razón y predicando a mis paisanos la más necesaria prédica, la de que tengan valor moral, que consiste en saber desprenderse de los más arraigados sentimientos cuando la razón lo pide. Y la razón nos pide que no malgastemos en la baldía labor de resistir a lo incoercible fuerzas que para otros fines nos hacen falta. Nos es preciso resignarnos por lo menos al progreso.

Sirvan estos antecedentes para los que tan lijeros como torpes han atribuido a móviles cuyas causas son posteriores con mucho al año 1886, doctrinas que antes de esta fecha había expuesto y sostenido.

Lo que afirmo y reafirmo y sostengo, es que el vascuence se pierde sin remedio, que se perdería aunque formásemos los vascos nación independiente, y pretendiéramos imponerlo como idioma oficial, que se pierde por su índole misma — como

perecen ciertas especies así que se trata de hacerlas domésticas— y que nos conviene a los vascos que se pierda, pues no por ello perderemos nuestra peculiaridad psíquica, sino que la acrecentaremos más bien.

Conviene decir ante todo que hoy son más los vascos que tienen el castellano por lengua habitual y que en castellano piensan. En las villas y ciudades de Cataluña, todo el mundo, incluso las gentes de carrera, hablan catalán; en las villas de las Provincias Vascongadas, aun donde se habla vascuence, el lenguaje corriente de las personas de carrera y de mucha parte de la clase media es el castellano. Hay más, y es que se verían apurados para seguir ciertas conversaciones en vascuence. Es suficiente éste mientras se hable de cuanto constituye la vida del labrador; pero no sé cómo se habría de discutir en él de arte o de ciencia. Cuando por excitación de los abogados catalanes, el Colegio de Abogados de San Sebastián discutió si se habría de pedir o no a los poderes públicos el que se dejara informar en vascuence ante la Audiencia, no faltó quien hiciera notar que se verían apurados para hacerlo algunos de los que lo pedían.

El vascuence se pierde, se pierde muy de prisa, y se pierde de dos maneras: en extensión y en

intensidad. Se pierde en extensión, en cuanto se habla ya castellano en pueblos en que no hace aún veinte años se hablaba vascuence, y esta pérdida va acrecentándose de día en día. Y se pierde en intensidad, en cuanto el vascuence que hoy se habla está cada día más mezclado de vocablos de origen castellano por una parte, y por otra se simplifica y pierde cada día más carácter.

Muchas de las formas verbales que en su gramática, escrita a principios del siglo XVIII, consignaba el P. Larramendi, o las que consignó Zabalá, han desaparecido ya. El vascuence que se acostaba a lo que se ha llamado mucho tiempo idiomas aglutinantes, se ha ido acercando cada vez más a los flexivos, simplificando sus formas a medida que se complicaba la vida de los que lo hablan; natural proceso en que algún filósofo vería algo así como una astucia del idioma mismo para irse defendiendo. Porque lo que al vascuence le mata es lo que en él han admirado muchos, su embarazosa complejidad, lo que algunos han llamado su sintetismo, lo que le aproxima a los idiomas de las tribus semi-salvajes americanas y africanas— idiomas que excitaban la admiración de Astarloa— y lo que le aleja de los modernos idiomas analíticos, sobre todo el inglés, que mediante las combinaciones de unos cuantos elementos obtiene

los mismos resultados que otros idiomas con una multitud de formas compuestas. Mas como he de tratar con algún detenimiento todo esto, que es el nudo de la cuestión, conviene antes exponer cómo ha nacido el vascuence, y cómo la contemplación de lo peregrino y extraño de este idioma, si se le compara a los de los pueblos europeos, a que en nada se parece, ha llevado a muchos a confundir esa extrañeza y originalidad con la utilidad práctica. No hagan mis paisanos lo que aquellos pueblos del Cáucaso que por no querer renunciar a sus antiguas y tradicionales armas propias para adoptar las modernas, se dejaron vencer por los que manejaban éstas. Ni se diga que cada cual maneja mejor y mejor se defiende con las armas en que desde la niñez le han adiestrado, que ahí están para atestiguar lo contrario no pocos pueblos que han dejado sus arcos de flechas adoptando el Mauser o aunque sea el Lafocheux, y se las arreglan mejor con éstos.

II

Tiene que sorprender el vascuence a quien entre a estudiarlo sin conocer más que los idiomas llamados indo-europeos y semíticos, y mucho más a quien lo estudie sin más que el conocimiento empírico de nuestros idiomas neo-latinos. Tiene, en efecto, el vascuence, aparte de su organización tan distinta de la de estos otros idiomas, una cierta homogeneidad; sin salir de él, puede encontrarse la raíz de sus vocablos y sus sufijos derivativos. Y como quiera que para conocer científicamente el castellano, pongo por caso, es preciso conocer del latín y saber de las leyes que rigen el proceso lingüístico, de aquí la vulgar y errónea creencia de figurarse que haya en el castellano más *capricho* que en el vascuence.

Los más de los vascos que se han dedicado al estudio de su propio idioma no han sabido el castellano más que prácticamente, por gramática empírica, ni más latín que el que en nuestros seminarios se enseña —por cierto muy mal— para las necesidades de la liturgia y lectura de las

obras teológicas. Así, v. gr., a quien no conozca el bajo latín e ignore el pretérito *capui* (clásico *cepi*), del verbo *capio*, *capere*, ignorando asimismo las leyes de la derivación fonética hispano-latina, habrá de parecerle un capricho el que el verbo *caber* (*capere*) haga en el presente *quepo* (*capio—caipo*), *cabes* (*capis*), y en el pretérito *cupe* (*Capui—caupi—cope*), ni se explicará por qué unas veces cambie la *p* latina en la *b* castellana y otras no.

La ignorancia que acerca de estas materias entre nosotros reina; la creencia latente e inconciente a las veces de que los idiomas son algo artificioso, nacido acaso por contrato social, y el desconocimiento de que todos ellos se rigen por rigurosos principios, ha hecho formular la peregrina ocurrencia de que haya unos más *filosóficos* que otros, lo que equivale a sostener que estas especies animales o vegetales son más *filosóficas* que aquellas otras. Y lo más curioso del caso es que han tomado por más *filosóficos* precisamente a aquellos idiomas más reductibles a formas esquemáticas, de organización más mecánica, como sucede con el hebreo. Es como tener a la estrella de mar o a otro organismo análogo por más *filosófico* que el conejo, v. gr., porque se ve mejor su contextura.

Otras veces se ha buscado el criterio de la perfección en la mayor riqueza de formas gramaticales, y así se ha proclamado la superioridad del latín sobre los modernos idiomas neo-latinos o la del griego antiguo sobre el moderno, sin atender a que podemos decir en castellano cuanto en latín decían, y tan bien como ellos, y mucho que ellos no podían decir.

¿Es que hay un criterio objetivo para juzgar de la mayor o menor perfección de un idioma cualquiera? Cabe sostener que para cada pueblo en cada momento de su vida el idioma más perfecto es el que entonces habla, como para cada cual es en cada momento de su vida la mejor piel la que entonces tiene; pero hay, sin duda, algo de sofisma o de petición de principio, como en casi todas las perogrulladas, en esta afirmación.

El lenguaje y el pensamiento van indisolublemente unidos, puesto que son en el fondo una sola y misma cosa. No cabe pensar sino con palabra, y toda palabra supone pensamiento. El pensamiento y el lenguaje se hacen mutuamente, y así, decir que para cada pueblo el mejor idioma es aquel en que encarna su pensamiento, equivale a decir que para cada pueblo el mejor pensamiento es el suyo propio. Mas ¿hemos de decir que el pensamiento del pueblo bosquimano sea superior

al del pueblo inglés y que no progrese en pensamiento, respecto a su padre, un bosquimano si se le enseña a pensar en inglés desde niño?

Es, pues, muy racional suponer que el lenguaje de un pueblo que sea superior en pensamiento y cultura a otro, sea, por lo mismo, superior al lenguaje de este pueblo.

Hay otro criterio, y es el de la evolución. Siguen los idiomas un proceso a partir de sus matrices, y, a menos de negar el progreso, no puede negarse que serán más perfectos los que más lejos hayan llegado en tal proceso. Estoy convencido de que sólo preocupaciones clasicistas pueden impedir el que se declare por todos la superioridad de los modernos idiomas neo-latinos respecto al latín, como del inglés respecto al anglo-sajón o del alemán respecto al godo.

Y adoptando este criterio objetivo hay que reconocer que, como explayaré más adelante, el vascuence es un lenguaje de tipo inferior, y que todas aquellas perfecciones que en él ven sus panegiristas son las perfecciones de que han ido desprendiéndose en su proceso los idiomas de los pueblos cultos.

III

Así como de paso el Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, en cuyo pueblo natal se ha hablado vascuence hasta el siglo pasado, indicó a principios ya del siglo XIII que fuera el vascuence el idioma primitivo de España; a principios del XVI lo declara también Lucio Marineo Siculo, añadiendo «según que algunos dicen», lo que prueba que corría tal opinión; mas es preciso llegar al historiador guipuzcoano Garibay, vecino de Mondragón, para ver sacar a plaza el vascuence, defendiéndolo de afirmaciones del Dr. Beuter, valenciano. En 1587 apareció en Bilbao la obra del orduñés Poza, que amplió las doctrinas de Garibay, cimentando el famoso método de estudio de los antiguos nombres geográficos de España mediante el vascuence, método que acreditó Humboldt más tarde. En 1607 aparece en Méjico la obra del guipuzcoano Baltasar de Echave, vecino de Méjico, sobre la antigüedad de la lengua vascongada; en 1638 en París la del vasco-francés Arnaldo Oihenartu Oyenarte, y después el jesuita

P. Henao ofrece variaciones sobre el mismo tema de la antigüedad del vascuence. Al llegar el siglo XVIII el erudito Mayans y Siscar escribe con sobrada lijereza y menguadísimo conocimiento de causa acerca del vascuence, y a refutarle se alza el P. Manuel de Larramendi, maestro de Teología en el Real Colegio que la Compañía de Jesús tenía en Salamanca. En Larramendi es donde empieza la leyenda del vascuence.

Es significativo lo que Larramendi escribe en la dedicatoria de su *El Imposible vencido; Arte de la lengua vascongada* a la M. N. y M. L. Provincia de Guipúzcoa que costeó la obra «que la embidia ha contado siempre en los países de las chymeras e imposibles. La embidia, digo —añadía—, que no hallando otra gloria disputable a V. S. I., pretendía mover cuestión de voces o de nombres, como que V. S. I. los tomaba de un idioma sin Arte y aun también incapaz de tenerla». Y publica su *Imposible vencido* para demostrar *que es la Lengua más culta, elegante y harmoniosa*. Y añade: «Otras Lenguas tuvieron sus niñeces, imperfecciones y rudezas, de que aún no han podido eximirse bien, quedando adultas; el Bascuence siempre fué Lengua adulta y perfecta, como sugerida en fin por el mismo Dios en la división de las Lenguas, y una de las seten-

ta y dos primitivas y matrices... Otras Lenguas son formadas por el ingenio y gusto de los hombres, y por eso susceptibles de ayes, yerros e inconsecuencias, efectos de achacoso origen. El Bascuenze fué Lengua formada por sólo el ingenio de Dios, que como infinitamente perspicaz se la imprimió a los primeros Padres del Bascuenze tan bella, tan ingeniosa, tan Filosófica, consiguiente, cortés, dulcísima y con otras prendas propias de una Lengua de tan honrado principio.» No se ha dicho más después; aquí está la raíz de la leyenda, aquí se le llama Lengua *filosófica* al vascuenze, y aquí se le supone de las setenta y dos que se creía entonces infundadas por Dios mismo en la confusión babilónica, y aquí se supone también que otras lenguas han sido formadas *por el ingenio y gusto de los hombres*. Los más de los escritores vascos que del vascuenze tratan siguen apegados todavía, aun sin saberlo a las veces, a consecuencias de estas doctrinas, que son a las de la moderna ciencia lingüística lo que la alquimia o la astrología a la química o la astronomía modernas. Aún se repite seriamente las disparatadas etimologías larramendiacas, que se empeñaba en sacar del vascuenze voces latinas, cuando en el mismo castellano no pasarán de tres las voces vascongadas de origen. Del modo éste de

etimologizar dará muestra aquello de que *alabanza*, voz de tan clara formación y origen, se dijo del vascuenze *alaba*, hija, y *anza*, semejanza, semejanza de hija, porque los padres acostumbran alabar a sus hijas.

Repitieron otros escritores las afirmaciones capitales del P. Larramendi, sobre todo las referentes a la antigüedad y universalidad del vascuenze en España, cuando en 1802 apareció la sección I, y hasta hoy única, del *Diccionario geográfico-histórico de España*, relativa a Navarra y las Provincias Vascongadas, y en ella el académico D. Joaquín Traggia repitió las afirmaciones de Mayans, aunque con menos lijereza y con mayor conocimiento de causa que éste. Y así como enfrente de Mayans se alzó el P. Larramendi, alzóse frente a Traggia el presbítero durangués D. Pablo Pedro de Astarloa, hombre de peregrina mente, de sutilísimo ingenio, con mucho de poeta y algo de hombre de ciencia, de notables atisbos y vislumbres y en cuyas obras, de muy sugestiva y amena lectura, abundan felices intuiciones. Pero estas mismas sus relevantes cualidades han hecho más fatal su labor para el estudio filológico del vascuenze. Con ayuda de Hervás, y enterándose de la estructura de multitud de idiomas, llevó Astarloa a cabo un arduo trabajo, pu-

blicando en 1803, en Madrid, su «Apología de la lengua bascongada, o ensayo crítico-filosófico de su perfección y antigüedad sobre todas las que se conocen». Ya tenemos, pues, declarado al vascuence el idioma más perfecto de cuantos se conocen.

Es interesantísimo recorrer las razones que en pro de la mayor perfección del vascuence sobre cuantas lenguas se conocen aducía Astarloa, quien hallaba, por otra parte, más perfectas que el latín a las lenguas neo-latinas, y a quien satisfacía el hebreo más que el griego y el latín. No pueden competir con el vascuence, según Astarloa, ni el inglés, ni el alemán, ni el holandés, ni el sueco, ni el ruso, ni las lenguas neo-latinas, y sólo se le acercan el quichua —lengua que dice Astarloa le admiró—, el aimara, el guarani, el tibetano, el araucano, el calmuco, el tártaro, el lapón, el ostiaco, y, en general, los idiomas de los pueblos bárbaros y semi-salvajes de Asia y América. Basta recorrer el prólogo de la obra de Astarloa para ver que partiendo *a priori* de la mayor perfección del vascuence, halla más perfectas las lenguas de los pueblos más incultos porque se parecen más a él.

Astarloa es quien inauguró entre los vascófilos el disparatadísimo principio de dar valor ideoló-

gico a las sílabas y aun a las letras —desatino que aún se enseña en España para el hebreo—, y llegó a tales excesos de entusiasmo, que afirma haber hallado algo «casi divino» en los abstractos del vascuence, siendo éste «en estos últimos una tabla social de la ley; un libro abierto de la moral; un Código que con los más vivos signos distingue lo vicioso de lo honesto, lo pecaminoso de lo inocente».

En los frecuentativos, aumentativos y diminutivos del vascuence se descubre «la gran *filosofía*, la gran *moralidad*, la estupenda *civilización* y qué sé yo qué acopio de *ciencias y artes* que hubo de tener el autor de este idioma». Como el vascuence carece de distinción de género en los nombres, es este género una «inútil pesadez», y como en tiempo de Astarloa usaba de distinción en las formas verbales, según se dirigiera a hombre o mujer, es esto muestra de *cultura* (véase página 436). Una de las cosas que más entusiasman a Astarloa, que escribió su obra con singular efusión y elocuencia a las veces, es que tuviera el vascuence, según él, 206 conjugaciones y 30.952 inflexiones personales y otras tantas participiales, lo que le hace exclamar: «¿Quién de vosotros ha pensado jamás que cada verbo ha de tener 206 conjugaciones? Pues no hay que hacer, debe te-

nerlas una lengua filosófica, porque son otras tantas las combinaciones relacionarias de toda acción. Al Vascuence sois deudores de un ramo tan filosófico.»

La obra de Astarloa no tiene desperdicio; es toda ella un himno en loor de su lengua nativa, himno que no carece de poesía, aunque carezca de ciencia.

Continuó a Astarloa, añadiendo a sus doctrinas algo que parece cabalismo, D. Juan Bautista de Erro y Aspiroz, Ministro que fué del pretendiente D. Carlos María Isidro, llamado Carlos V. Libre de tales excesos se mantuvo el prudente y sensato D. Antonio Moguel, cura párroco de Marquina y principal guía de Humboldt en sus estudios sobre el vascuence. De Humboldt arranca un nuevo período, ya que es él quien propiamente da a conocer el vascuence en Europa en un apéndice al *Mithridates*, de Adelung, y con su obra sobre los primitivos habitantes en España.

Nada he de decir de los delirios poéticos de Chaho y otros, ni de los disparates que comparando el vascuence con otros idiomas han propagado Garat, La Bastide, Diharce de Bidassouet, Bruzen de la Martinière, Bladé y otros. Las afirmaciones de D. Joaquín Irizar y Moya, tenían, por lo menos, gracia. De la desdichada aplicación que

del absurdo principio astarloano de la significación de las letras hizo Novia de Salcedo en su deplorable *Diccionario etimológico*, más vale no hablar. Hay que decir con Ampère en su *Histoire litteraire de la France avant le douzième siècle* que «el vasco ha compartido con el celta el privilegio de hacer decir a su respecto incomparables extravagancias»; y aún resulta cierto respecto a los orígenes del vascuence, lo que el señor Cánovas del Castillo decía en su prólogo a la obra del Sr. Rodríguez Ferrer, *Los vascongados, su país, su lengua y el príncipe Bonaparte*, que «lo único que se sabe aquí es que nada se sabe».

Algo se ha adelantado, pero no es mucho, y aun hoy reaparecen los pasados delirios, sobre todo desde que las pasiones regionalistas envenenan lo que debiera ser desinteresada y serena investigación. Es lo peor que encuentro al regionalismo. Que pida lo que quiera, y mejor que pedir que lo arrebatase si puede; pero que no nos envenene, por Dios, como lo hace, la historia, la etnografía, la lingüística. Y las envenena, tanto en mi país como en Cataluña.

Un día en que decía a un amigo mío que la voz vasca *akullu*, la pértiga, provenía de la latina *aculeus*, cuyo abolengo es tan fácil de trazar en

las lenguas indo-europeas, me replicó: «o el latín la tomó del vascuence»; y no hubo modo de que le redujera a razón. Y me he encontrado quien me ha dicho muy serio que *ilusión* (latín *illusio*, de *illudo*, compuesto de *in* y *ludo*) viene del vascuence *il-utzi-on*, «muerte vacía buena». No ha mucho, en un trabajo del más conspicuo de los agitadores bizkaitarras acerca de la numeración vascongada, entre un sin fin de despropósitos lingüísticos, se hacía una derivación despreciando una *b* inicial, que no se sabe de dónde llueve, cosa parecida a la etimología que la última edición del Diccionario de la Real Academia Española da de *sombra* diciendo: «del lat. *umbra*», sin cuidarse de la *s* inicial (*Sombra*: de *so-ombra*, *sot-ombra* o *subtu-umbra*; en la provincia de Salamanca se dice *solombrio* por *sombrio*, que supone un proceso *sotombrio-sodombrio*; cf. el antiguo *selmana* por *semana*).

Los más de los que en mi país se meten a escribir acerca del vascuence, desdeñando alguno el estudiar con fundamento y método la moderna filología por temor a perder cierta bravía originalidad silvestre, y queriendo suplir con fantasía la ciencia, me parecen gente que se pone a tratar de los alcoholes o de los alcaloides sin haber saludado apenas la química general y sin más que

la lectura de algún viejo mamotreto de alquimia. Su ciencia, si alguna tienen, es pura escolástica, pura combinatoria, cubileteo e ingeniosidades muy peregrinas a las veces. Su fonética no ha pasado del triángulo orcheliano —que es una imperfectísima mostración de la realidad, y en gran parte errónea— y su pasión les lleva, aun sin darse de ello cuenta, a no ver bien claro, en su empeño por hacer del vascuence la cosa más aparte posible.

Hay en Cataluña un sujeto —o lo había no ha mucho— empeñado en la desatinada empresa de reformar la ortografía catalana en sentido etimológico, restableciendo *ies* griegas, *tes*, *haches* y otras letras bien muertas (*mythología*, v. gr.), y entre las razones que en abono de su proyecto daba, callábase la principal, y es que así se diferenciaría el catalán escrito del castellano escrito mucho más aún de lo que hoy se diferencian ambos entre sí, que es bastante. Del mismo género es el cuidado que algunos escritores catalanes ponen cuando se encuentran con dos sinónimos de escoger el que más se aparte del vocablo castellano correspondiente, aunque el otro se parezca al francés, como quien escoje *indret*, en francés *endroit*, lugar. Así es también lo de aquellos de mis paisanos que habiendo aprendido en la es-